

El mercado y el concepto de región en la Nueva Galicia

ROBERTO MIRANDA GUERRERO*

Durante la Colonia, las contradicciones entre la hacienda y las comunidades indígenas se debían a que constituían dos mundos distintos, culturalmente diferentes, imposibles de unirse, como el agua y el aceite. Las personas que vivían en una parte eran ajenas a las que habitaban en otra.¹ De este planteamiento se han derivado dos corrientes de historiografía. La primera considera que la plata tuvo un papel determinante pero articuló la producción y la circulación de ésta a las necesidades de la metrópoli y, por lo tanto, los efectos positivos en la economía novohispana fueron mínimos. Esta línea sostiene que el proceso generado al interior del territorio tiene una lógica distinta a la de los *enclaves* mineros. La segunda corriente también acepta que la producción argentífera es fundamental y señala que sí tuvo, aunque con muchas restricciones, efectos multiplicadores en la economía.

La primera de las corrientes historiográficas asegura que el mercado enfrentó varios cuellos de botella debido a las grandes distancias, los malos caminos, los altos costos de los fletes y una política comercial que impedía la salida de excedentes más

allá de los límites regionales.² Presume la existencia de un mercado interno reducido pues las regiones no se encontraban articuladas entre sí, sino directamente con el exterior. Así, en 1800 las diferencias en la productividad entre la Nueva España y Estados Unidos se deben en gran medida al traslado de los bienes: la economía dependía del transporte por tierra, y la topografía mexicana no era la más adecuada para hacerlo.³ También se ha comparado al virreinato con Europa. En el viejo continente pudo existir un mercado integrado en gran medida por la infraestructura desarrollada y por sus favorables condiciones geográficas, que permitieron que el transporte fuese rápido y barato por los ríos, los canales y el mar, contra “un severo clima, una topografía difícil, pobreza de caminos pavimentados y la falta de buenas vías acuáticas” en la Nueva España. Una de las características más importantes de un mercado integrado es el intercambio intensivo de mercancías básicas entre regiones diferentes, que nivelan las diferencias de precios, situación que parece no sucedió en la Nueva España. Se señalan como responsables de ello al comercio forzado, al fa-

moso “repartimiento” y al elevado costo del transporte.⁴

La discusión medular plantea que había un conjunto de mercados locales o regionales de acuerdo con el tipo de demanda comercial, por su volumen y por una mayor interconexión con ciertas mercancías que destacaban en el consumo de los centros urbanos y mineros importantes. Esta posición reitera que no había un mercado unificado territorialmente por la falta de precios equivalentes –esto es, precios similares en todo el territorio–; además, los satisfactores no llegaban a todos los habitantes por la no incorporación al libre mercado de muchas comunidades, en especial las indígenas.⁵ Se considera que el comercio novohispano era un fenómeno periódico que funcionaba por medio de mercados semanales, mensuales o por ferias anuales. El comercio tenía un funcionamiento estacional.⁶

El estudio de la interdependencia entre Guadalajara y la campiña circundante, creada por redes comerciales, prefiguró una representación distinta del mercado, se dibujó un mapa regional en forma de sistema solar⁷ o como la figura de un árbol.⁸ A través del comercio las comuni-

* El autor es profesor e investigador del Departamento de Ciencias Sociales y Jurídicas del Centro Universitario de Ciencias Económico Administrativas de la Universidad de Guadalajara.

dades, las haciendas y los centros de consumo generan lazos, hacen acopio de recursos y movilizan hombres. Eric van Young señala que el XVIII es un "siglo paradójico" en el que coexiste un mercado interno desarticulado no obstante una prosperidad aparentemente generalizada que se fundamenta en el incremento de la producción argentífera, el explosivo crecimiento demográfico, las reformas borbónicas y la mayor integración al mercado mundial. Según el autor, la presión inflacionaria y los problemas estructurales que mermaron el poder adquisitivo de los trabajadores fueron elementos que explican la segmentación espacial de la economía. A partir de las interrelaciones de Guadalajara con su entorno, su *hinterland*, sugiere que las ciudades son centros dinámicos; a diferencia de los centros mineros, que tenían una menor población. Para sostener su hipótesis de que los mercados regionales y el nacional eran débiles, plantea que había pocos compradores y pocos vendedores, y que muchos productos no se comercializaban. Aduce también la compulsión que generaba el repartimiento tanto de mercancías como de fuerza de trabajo, el énfasis puesto en la producción de subsistencias, los precios heterogéneos y un comercio a larga distancia limitado a artículos de alto valor por unidad, así como los patrones comerciales, que mostraban una baja intensidad en las importaciones.

Por su parte, los Salvucci no creen que la minería haya dirigido a la economía. Coinciden con Van Young en que los mercados eran fragmentarios y locales, que sus imperfecciones fueron persistentes y que el sistema de precios existió sólo en

forma rudimentaria.⁹ En otro estudio, Van Young explica que en las regiones novohispanas ocurría un "efecto de iceberg", en donde sólo la punta de la economía regional lograba un nexo comercial más amplio, mientras que el resto producía, consumía y comerciaba sólo a nivel intrarregional, llegando casi a la no comercialización, lo que implica una integración horizontal o espacial débil, que se relaciona directamente con la articulación sociopolítica o vertical, dando como resultado una baja división del trabajo; aunque no deja de reconocer la generada en los centros mineros y administrativos.¹⁰ Idea, como se observa, semejante a la de los Salvucci.

En respuesta a este planteamiento, David A. Brading argumenta que había un traslape considerable entre Michoacán, El Bajío y Jalisco, y que de esta área se despachaban bienes hacia el norte, como textiles, domésticos, ganado, tabaco y azúcar. El ganado lanar era manejado desde Coahuila para su matanza en la ciudad de México, y la ropa de algodón enviada desde Puebla era comprada en Saltillo, lo que indica la extensión del intercambio entre regiones. La industria del flete en Nueva España, la que usaba miles de mulas que acarreaban bienes a través del país, fue significativa en la economía. Lamenta Brading que sea una rama económica escasamente estudiada.¹¹

Asimismo, Richard L. Garner señala que el crecimiento económico del último tercio del siglo XVIII fue extensivo más que intensivo. El clima económico cambiante que arrastró mercados locales y regionales posibilitó que emergiera un sistema más integrado. Afirma que la agricultura, a pesar de sus avances, fue altamente

resistente al cambio no obstante una lenta pero pertinaz inflación, si bien más acusada a partir de 1780. Para él los mercados locales se orientaron principalmente a la producción de subsistencias y a mercancías domésticas básicas, aunque hubo algunas manufacturas con mayor valor agregado. Empero, dice que los costos de transacción fueron muy altos, lo que desalentó el crecimiento de mercados diversificados. Si bien acepta que la minería era el corazón de la economía, no necesariamente fue el *talk off* del crecimiento. Hace hincapié en que las economías regionales estuvieron sujetas a la influencia de un amplio conducto comercial del centro a la periferia a través del Consulado de la ciudad de México hacia Europa o Asia. Conducto que alimentaba internamente a la Nueva España por la transferencia de plata o cochinilla a la capital o a los puertos, que en contraparte cubría el valor de los productos europeos, como el del cacao de Venezuela, las especias de Asia, el piloncillo del sur de México, las bebidas alcohólicas del norte, etcétera. Destaca el importante papel que desempeñaron los comerciantes. El Estado permitió la formación de tres consulados, lo que devino en un clima más competitivo, pero con un motor de crecimiento localizado del otro lado del Atlántico más que en la economía mexicana. Es importante subrayar que a pesar del crecimiento tanto nominal como real, en el siglo XVIII no se logró ningún desarrollo. Entre más plata se exportaba, menos circulaba en la economía doméstica o se invertía en nuevos negocios. Concluye Garner que México, al finalizar el periodo colonial e iniciar su vida independiente, tuvo serios obstáculos, pues si bien la pro-

ducción creció constantemente, no ayudó a mejorar los estándares de vida.¹² En fin, contra toda teoría monetarista ¿cómo puede existir un incremento en los precios con escasez de circulante?¹³

Héctor Pérez Herrero señala que el poder de los comerciantes del Consulado de México pudo sortear las nuevas condiciones impuestas por Carlos III adquiriendo el control del circulante por medio de diversos mecanismos, como los bancos de plata, los repartimientos de mercancías, el control del mercado interno y el monopolio de las importaciones a través de las ferias. El incremento en la emisión de libranzas a partir de la década de 1780 les permitió tener la necesaria liquidez en sus operaciones y, a la vez, les sirvió como mecanismo de control económico. Las libranzas surgieron por la escasez de circulante, pero también por la necesidad de concentrar dinero. En este punto la investigación debe ser pausada, al considerar que "las casas de conducta" eran puntos de concentración de caudales, al recibir toda la plata para transportarla tanto de los reales mineros como a la casa de moneda y a los puertos para exportarla; esto dio pauta para que estos empresarios desempeñaran un papel privilegiado que les permitió la emisión de libranzas y con ello un control económico.¹⁴

Este historiador rechaza la visión triunfalista que advierte un acelerado crecimiento que llevó a una mejoría económica producto de la modernización borbónica. Esta interpretación proviene del interés de la historiografía ilustrada europea, que siguió a pie juntillas a Alejandro Humboldt, en demostrar que esa política había ocasionado un gran

despegue económico, manejado posteriormente, en función de sus intereses, por liberales y conservadores. Pérez Herrero sostiene que los nuevos estudios que hacen una rigurosa selección y crítica de las series estadísticas, hasta hace poco incuestionables, demuestran que el auge borbónico, más que una realidad, ha sido un mito. Considera necesario un esquema analítico más complejo que el trazado hasta ahora. Concluye que el éxito borbónico no alcanzó la mencionada "intensidad mítica" y la fuerza del gobierno metropolitano dependió de la voluntad de las élites locales y no de su capacidad de extracción de beneficios fiscales.¹⁵

Respecto a las variadas formas de integración espacial, Pérez Herrero propone las siguientes premisas: no se puede hablar de un modelo interpretativo único, uniforme e invariable para todo el territorio; la potencia de arrastre del sector minero la sustituyó a veces la concentración urbana y el crecimiento demográfico, tal como Ramón María Serrera lo había observado. A fines del siglo XVIII, el sector minero enfrentó una disminución constante de su rentabilidad ante el aumento de los costos de producción y la disminución del valor de la plata en los mercados internacionales, de manera que la corona estableció una política proteccionista. Como resultado, parte de la producción agrícola de las antiguas áreas mineras se orientó a mercados más rentables; las relaciones económicas intra e interregionales, por lo que se sabe respecto a ciertas zonas, no se establecían libremente, sino a través de complejos sistemas de dominio y monopolio instrumentados por los comerciantes, como el control de los medios de pago, los canales

de crédito y la red de intermediarios. Así, en la segunda mitad del siglo XVIII se produjo una reestructuración en la composición y comportamiento de los mercados, pero aún no se puede definir en todas sus dimensiones, hasta que se tenga un estudio de la variación regional de los precios.¹⁶ Lo importante, desde la perspectiva de Pérez Herrero, es que no propone el análisis a partir de la circulación o del aislamiento regional, sino de la necesidad de introducir diversos elementos socioeconómicos y culturales. Para él las economías regionales no eran autárquicas, tanto por los impulsos de la capital del virreinato como por los impulsos externos que trascendían con una mayor o menor influencia a esos espacios.¹⁷

Como quiera que sea, tomar en cuenta por ejemplo los elementos fiscales y financieros para explicar el éxito o el fracaso de las reformas borbónicas es sin duda útil. De su estudio se ha desprendido la hipótesis de que la supervivencia de un régimen político depende en buena medida de su solvencia financiera. La crisis llevó al gobierno virreinal a modificar su política fiscal y a recurrir a nuevas fuentes de financiamiento debido particularmente a los gastos bélicos. Si esta política financiera perjudicó a toda la población novohispana, la más afectada fue la Iglesia, por lo que su alianza con el Estado empezó a quebrarse. Este análisis permite explicar que dichas medidas y la creciente carga fiscal incitaron el movimiento de independencia.¹⁸ Las arcas del tesoro se encontraban casi vacías y hubo que enfrentar el levantamiento de Hidalgo antes que cubrir otras obligaciones. El problema finalmente se agudizó cuando las

cajas reales de las diversas provincias novohispanas dejaron de enviar sus remesas de caudales al centro; esta ruptura con el resto del país llevó obligadamente a la desintegración.¹⁹

Estudios con una perspectiva distinta opinan que la plata provoca un arrastre económico a diferentes regiones, lo que se traduce en una compleja red de comercio que articula a la colonia no sólo con el mercado mundial, sino a nivel interno. El argumento plantea que la estructura económica se basa en uno o más productos dominantes que orientan el crecimiento hacia la metrópoli, pero que en el interior del espacio se genera una especialización regional del trabajo y se estructuran intercambios que engarzan a las regiones en un determinado nivel de participación y desarrollo dentro del conjunto regional. Con excepción de la ciudad puerto, la intensidad del intercambio de cada región con otras es absoluta o superior a la intensidad del intercambio con cualquier región externa. Se señala el papel de la metrópoli al intervenir con un sistema de accesos para la comunicación directa con los espacios y para cerrar la entrada a otras potencias europeas.²⁰

Manuel Miño estudia la circulación de los textiles para mostrar la dimensión y la dinámica del mercado colonial, señalando que ni los costos del transporte ni las barreras geográficas fueron suficientes para estrangular la circulación. Considera que después de los años cincuenta del Siglo de las Luces se dio un comercio desarrollado y una integración económica en la que se observa una participación regional importante, mostrando la contradicción de varios estudios que aceptan que la mercan-

cía extranjera tenía una gran circulación y accedía a los lugares más remotos de la Nueva España, pero no dice que por la misma razón dicha posibilidad de acceso la tenían las producciones nativas.²¹

En otro lugar, Miño plantea la necesidad de descubrir los diversos sectores de la economía que determinaban, directa o indirectamente, el nivel de vida de la población. Concluye que en la Nueva España se dio un amplio radio de comercialización que abarcó tanto zonas rurales como núcleos urbanos y centros mineros. Por lo tanto, le parece poco probable el planteamiento de la autarquía económica y la desarticulación, señalando que el desarrollo de los grupos comerciales y el nivel de mercantilización de la economía en la segunda mitad del siglo XVIII e inicios del XIX es evidente. Se pregunta: "¿acaso todas las mercancías que entraron por Veracruz y otros puertos de manera creciente, no circularon en el mercado interno? ¿Acaso dicho mercado fue la base de la protoindustrialización europea y de la industrial posteriormente?"²² Al contrario de las tesis delineadas, sobre la base de distintos estudios, Miño alega que un amplio porcentaje de la población indígena se encontraba inserta en los circuitos mercantiles coloniales con su propia lógica económica. Plantea cómo los flujos mercantiles fueron regulados, en muchas ocasiones, por el poder político; empero, tuvieron un alcance diverso en los circuitos interregionales que sugiere una fuerte integración económica. Para él hubo una gran riqueza acumulada a fines del siglo, si bien distribuida desigualmente, con una sociedad rural que se proletarizó, un incremento del

bandillaje, mayor presión por los recursos y alza en los precios y caída en los salarios; pero la economía muestra signos de prosperidad, lo que indica un fortalecimiento de las élites locales y regionales, considerando inclusive que el financiamiento de la inestabilidad de los primeros cincuenta años de vida independiente fue esta fortaleza económica.²³

Hay que destacar, finalmente, que la formación del mercado interior es un proceso complejo, compuesto por una multiplicidad de variables de diferente tipo y calidad. El mercado novohispano no tiene características idénticas al actual mercado capitalista, y muestra una especificidad propia donde aparece una demanda, una oferta y sistema de precios, pero influidos y afectados por factores como una regulación económica por parte de la corona española y otros intereses en juego que por lo demás, hace ponerse en guardia contra la idea de que una región se expresa por su grado de homogeneidad.²⁴

Notas

¹ François Chevalier, *La formación de los latifundios en México. Tierra y sociedad en los siglos XVI y XVII*, Fondo de Cultura Económica, México, [1956] 1985.

² Enrique Florescano, *Precios del maíz y crisis agrícolas en México 1708-1810*, El Colegio de México, México, 1986, pp. 85-109.

³ John H. Coatsworth, *Los orígenes del atraso. Nueve ensayos de historia económica de México en los siglos XVIII y XIX*, Alianza Editorial, México, 1990, pp. 80 y ss.

⁴ Arij Ouwencel y Gatrien C.J. Bijleveld, "The economic cycle in Bourbon Central México: a critique of the 'recaudación del diezmo líquido en pesos'", en *Hispanic American Historical Review*, vol. 69, núm. 3 (agosto de 1989), pp. 478-529.

- ⁵ José Carlos Chiaramonte, *Formas de sociedad y economía en hispanoamérica*, Enlace Grijalbo, México, 1983, pp. 206-210.
- ⁶ Manuel Carrera Stampa, "Las ferias novohispanas", en *Historia Mexicana*, vol. II., núm. 3, México, pp. 319-342.
- ⁷ Eric van Young, *La sociedad y el campo en el México del siglo XVIII. La economía rural de la región de Guadalajara*, Fondo de Cultura Económica, México, [1981] 1989.
- ⁸ Thomas Calvo, *Guadalajara y su región en el siglo XVII. Población y economía*, H. Ayuntamiento de Guadalajara, 1992. Ramón María Serrera, *Guadalajara ganadera. Estudio regional novohispano 1760-1805*, H. Ayuntamiento de Guadalajara, 1992.
- ⁹ Richard y Linda Salvucci, "Crecimiento y cambio en la productividad en México", en *HISLA*, vol. V, 1977, pp. 67-89.
- ¹⁰ Eric van Young, "Haciendo historia regional: consideraciones metodológicas y teóricas", en *Región e historia en México 1700-1850. Métodos de análisis regional*, Instituto Mora y Universidad Autónoma Metropolitana, México 1991, pp. 99-122.
- ¹¹ David A. Brading, John H. Coatsworth y Héctor Lindo Fuentes, Comments on "The economic cycle in Bourbon Central México: a critique of the recaudación del diezmo líquido en pesos", en *Hispanic American Historical Review*, vol. 69, núm. 3 (agosto de 1989), pp. 531 y ss.
- ¹² Richard L. Garner, *Economic and change in Bourbon Mexico*, University Press of Florida, Gainesville, 1990, pp. 246-258.
- ¹³ Sobre las relaciones entre incremento en los precios y el crecimiento económico existe una amplia bibliografía, en especial la obra clásica de Earl J. Hamilton, *El florecimiento del capitalismo y otros ensayos*, Editorial Crítica, Madrid, [1948] 1977. Una respuesta a la idea sostenida por Hamilton de que la formación del capitalismo se deriva esencialmente del retraso en el aumento de los salarios respecto de los precios se encuentra en Pierre Vilar, "El problema de la formación del capitalismo", en Pierre

- Vilar, *Crecimiento y desarrollo*, Ariel, Barcelona, 1964.
- ¹⁴ Héctor Pérez Herrero, *Plata y libranzas. La articulación comercial del México borbónico*, El Colegio de México, México, 1988, pp. 269-274.
- ¹⁵ Héctor Pérez Herrero, "Los beneficiarios del reformismo borbónico: metrópoli versus élites novohispanas", en *Historia Mexicana*, vol. XLI (octubre-diciembre de 1991), pp. 207-264. Héctor Pérez Herrero, "El México borbónico ¿un éxito fracasado?", en Héctor Pérez Herrero et al., *Interpretaciones del siglo XVIII mexicano. El impacto de las reformas borbónicas*, Nueva Imagen, México, 1992, pp. 109-152.
- ¹⁶ Héctor Pérez Herrero, "Los factores de la conformación regional en México 1700-1805", en: *Región e historia en México 1700-1850. Métodos de análisis regional*, Instituto Mora y Universidad Autónoma Metropolitana, México, 1991, pp. 207-236.
- ¹⁷ *Ibid.*, p. 236.
- ¹⁸ Carlos Marichal, "La bancarrota del virreinato: finanzas, guerra y política en la Nueva España, 1770-1808", en Héctor Pérez Herrero et al., *Interpretaciones del siglo XVIII mexicano... op. cit.*, pp. 153-186.
- ¹⁹ John Jay TePaske, "La crisis financiera del virreinato de Nueva España a fines de la colonia", en *Secuencia, Revista de Historia y Ciencias Sociales*, núm. 19 (enero-abril de 1991), pp. 123-140.
- ²⁰ Ángel Palerm, "La formación colonial mexicana y el primer sistema económico mundial", en *Antropología y marxismo*, CISINAH y Nueva Imagen, México, pp. 89-124.

- gen, México, pp. 89-124. Carlos Sempat Assadourian, *El sistema de la economía colonial. El mercado interior. Regiones y espacio económico*, Nueva Imagen, México, pp. 155-254 y 255-306.
- ²¹ Manuel Miño Grijalva, "La circulación de mercancías: una referencia al caso textil latinoamericano 1750-1810", en Arij Ouwencel y Cristina Torales P. (compiladores), *Empresario, indios y Estado. Perfil de la economía mexicana*, CEDI.A, Amsterdam, pp. 45-58.
- ²² No es lugar para discutir el concepto de protoindustrialización que, como se sabe, es un término acuñado como alternativa al de "proceso de acumulación originaria". Vale recordar que los historiadores de la protoindustrialización le asignan un alto valor a los procesos económicos regionales. Para una presentación rápida del concepto véase Maxine Berge, *La era de las manufacturas 1780-1820. Una nueva historia de la Revolución industrial británica*, Editorial Crítica, Barcelona, 1987, pp. 79-103.
- ²³ Manuel Miño Grijalva, "Estructura económica y crecimiento: la historiografía económica colonial mexicana", en *Historia Mexicana*, vol. XLII, núm. 166 (octubre-diciembre de 1992), pp. 221-260.
- ²⁴ Sobre una crítica a los estudios antropológicos que siguen la idea de homogeneidad, véase Andrés Fábregas Ruiz, *El concepto de región en la literatura antropológica*, Gobierno del Estado de Chiapas e Instituto Chiapaneco de la Cultura, Chiapas, 1992, pp. 11 y ss.

